

Manzur,
o el ángel que
tenía una sola ala

Mónica Rodríguez



ANAYA

1.ª edición: marzo 2014

© Del texto: Mónica Rodríguez, 2014
© De la ilustración: Ignasi Blanch 2014
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-6091-7
Depósito legal: M-1412-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por
la Real Academia Española en la *Ortografía de la
lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Manzur, o el ángel que tenía una sola ala

Mónica Rodríguez

Ilustración:
Ignasi Blanch

ANAYA

1

Un ángel

El día que Manzur llegó a la isla con su arpa de madera, montado en un viejo bote, apenas había viento. Mucho tiempo después los habitantes de Caeli seguían preguntándose cómo era posible que la pequeña vela que llevaba el bote le hubiera conducido hasta la playa, hinchada como por un aire huracanado.

Jeremías, que había subido al campanario como cada mañana, atestiguaba que aquel ser, mitad hombre, mitad arcángel, ni siquiera dirigía la embarcación concentrado como estaba en tocar las cuerdas del arpa.

También, desde el faro, el doctor Gualterio, que no era doctor sino farero y además viejo, vio aquella peculiar embarcación y se santiguó tres veces. Este hecho habría carecido de importancia si no fuera porque el doctor Gualterio era ateo.

Parece ser que dos o tres mujeres que estaban asomadas a las ventanas también vieron a lo lejos aquel viejo cascarón empujado por un viento inexistente. Incluso llegaron a afirmar que un extraño sonido, entre celestial y marino, flotaba en el aire. Hilda, que tendía unas fundas de almohadas en ese preciso momento, al sacudir

una de ellas vio salir varias plumas que quedaron suspensas en el aire como si de un presagio se tratara.

Magali y León, que por entonces contaban con ocho y seis años respectivamente, jugaban en la playa. Era domingo y hacía calor. La niña se dejaba caer por la duna que separa el pueblo de Caeli del mar, y entrecerraba los ojos sintiendo en el rostro el aire. Le parecía que en cualquier momento podía echar a volar y se imaginaba el mar allá abajo y la arena y las casas de Caeli, blancas y amontonadas, diminutas, casi rodando hacia la playa, como piezas de juguete.

La isla, desde el cielo, tenía forma de ala.

León la seguía intentando alcanzarla cuando les llegó el sonido.

Era leve y celeste y venía del mar.

Magali se paró de golpe.

León aprovechó el momento para tirarse sobre ella.

—¡Pillada! ¡Ahora te la quedas!

Pero la niña no se movió y a León le extrañó verla tan quieta mirando el horizonte. El azul del mar se extendía como un borrón bajo ese cielo casi blanco, limpiísimo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

La niña levantó la mano y señaló a lo lejos. Fue entonces cuando León, siguiendo la línea de su dedo y poniendo la mano a modo de visera, lo vio.

—¿Qué es eso? —preguntó asombrado.

Ella dijo:

—Un ángel.



El niño sacudió la cabeza.

—Pues si es un ángel, le falta un ala.

Magali volvió a decir:

—Es un ángel, el ángel anunciado.

Y como para refrendar aquella condición aérea del navegante amarrado a un arpa, las campanas de Caeli comenzaron a sonar.

2

La anunciación

Es verdad que Caeli era un pueblo eminentemente ateo y que Jeremías, el único cura de la isla, se las veía y deseaba para encontrar feligreses. Tal vez por eso hacía tiempo que había comenzado a anunciar la llegada de un ángel.

—Pero si esta isla está alejada de la mano de Dios —le reprendía el doctor Gualterio—. Y en lo que llevo de farero nadie se ha acercado a sus costas.

Es posible que al doctor Gualterio le empezara a fallar la memoria pues esta afirmación no era rigurosamente cierta. En dos ocasiones habían arribado sendos barcos a las costas de Caeli. El primero, para ser más exactos, no era barco sino cayuco. En él llegó el negro Chango, sin papeles ni documentos. En Caeli, a pesar de la negrura del muchacho que nunca habían visto, lo acogieron con alegría, ofreciéndole la condición de refugiado y complacidos de tener al fin una minoría étnica en la isla.

—Eso sí, hasta que no resolvamos lo de tu asilo, estarás en un limbo legal —le advirtió el juez Cirilo—. Y eso a alguna gente no le gusta.

Chango pareció contentarse como si estuviera acostumbrado a eso del limbo.

El segundo barco fue un trasatlántico de lujo como nunca antes, ni después, se vio en aquella isla. De él descendieron Serafina y Patricio, con los papeles arreglados, trece maletas y cincuenta cajas de cartón con los más variados enseres. La pareja miró la isla sonriente, mostró sus documentos y pidió permiso para abrir una tienda de ultramarinos, que fue muy bien acogida por los caelianos.

Pero de todo esto parecía haberse olvidado Gualterio.

—¡Vendrá! —insistía Jeremías, enfebrecido, dándose manotazos a la sotana—. Vendrá y nos hablará del cielo.

Muchas fueron las tardes en que, desde su púlpito, Jeremías se entregó con pasión a describir al arcángel, que era, casualmente, idéntico al esculpido en la piedra de la iglesia, con un ala enorme, a modo de mariposa, y cuya cabeza se apoyaba con ternura en el dintel de la puerta.

Sus palabras resonaban en el templo donde tan solo los ancianos Eufremia y Romueldo y la viuda Eleonora le atendían. Aquella imagen del ángel anunciado excitó tanto la imaginación de los viejos que lo nombraban a cada rato.

—El día que venga el ángel —decía Eufremia mientras hacía un bálsamo— todos querrán perfumarse y ya verás, Octavio, cómo salimos de pobres.

Octavio, que era su hijo y además botánico a pesar de que siempre había querido ser músico, ponía los ojos en blanco y seguía con el análisis de un ejemplar de libélula, de cola azulada y alas vigorosas y transparentes. Cuántas veces aquellas alas fueron objeto de discusión.

—Así han de ser las alas del ángel —decía Romueldo.

—No, las alas de un ángel son más robustas —le corregía Eufremia.

Octavio les explicaba:

—Las alas de las libélulas pese a la apariencia que tienen son muy fuertes. No hay viento que las rompa.

—Pues yo digo que la única diferencia es que un ángel tiene dos alas y las libélulas cuatro —insistía Romueldo.

Y Eufremia, golpeando con más fuerza el mortero donde machacaba las hierbas, gritaba:

—¡De eso nada, las alas de los ángeles tienen plumas como las aves!

También la viuda Eleonora hablaba del ángel a la menor oportunidad:

—Cuando llegue —decía— todo será diferente. Se multiplicarán los peces y habrá más pájaros.

Y su hija Jovita, en la edad del rubor y del éxtasis, imaginaba al ángel alto y fuerte, con los muslos nervudos y las espaldas anchas, la cabeza rubia y en bucles y aquellos ojos que sin duda serían celestes. Sin embargo, nunca se detuvo a imaginar las alas.

Atropelladamente, acompañaba Jovita a su madre en los encargos del día pensando en los misterios del futuro ángel y apenas escuchaba la conversación de la viuda en la tienda de ultramarinos ni los continuos lamentos de Serafina por la escasez de la isla.

—Ande, no se queje tanto —le reprochaba Eleonora a la tendera—. Ya verá cómo el día que llegue el ángel no

ha de faltarnos de nada. Habrá música y todo y será celestial, no como esas endiabladas matracas que toca Chango.

—¡Si yo toco el bongó! —se quejaba el negro que tocaba el bongó. Pero nadie le hacía caso.

Al mediodía, Serafina le narraba a Patricio, con todo lujo de detalles imaginarios, la abundancia que habría de traer el ser anunciado y que iba a sacarlos de pobres.

—¿Tú crees? —preguntaba Patricio, escamado.

—Como que me llamo Serafina —decía ella muy seria, confiando en que su firmeza contribuyera a hacer realidad su deseo.

Más tarde, en el bar, Patricio informaba a sus contertulios, mientras chupeteaba un puro y barajaba las cartas con estudiada parsimonia:

—Pues parece que viene y que, además de alas, estos seres tienen instrumentos como las liras que vendemos en la tienda.

Y, de este modo, a pesar de la poca fe de los caelianos, aquella imagen fue calando en el imaginario de las gentes que la desligaron de la iglesia adoptándola como suya. Muchos eran los que presumían de lo que sabían de aquellos seres alados atendiendo más a sus propios anhelos que a la ciencia de la angelología, hasta el día en que Magali, poniéndose en jarras, preguntó a los mayores:

—¿Y para qué sirve un ángel?

Nadie supo responderle.

No obstante, el día de la llegada de Manzur, pocos fueron los que pusieron en duda su condición angélica.



Caeli, una isla que está en mitad de la nada, llega un día una barca con un ángel al que parece que le falta un ala. La llegada de semejante personaje a un lugar tan poco acostumbrado a recibir visitantes despierta la curiosidad de los habitantes. Pronto descubren que su nombre es Manzur y que lo que porta en la espalda no está tan claro que sea un ala.

